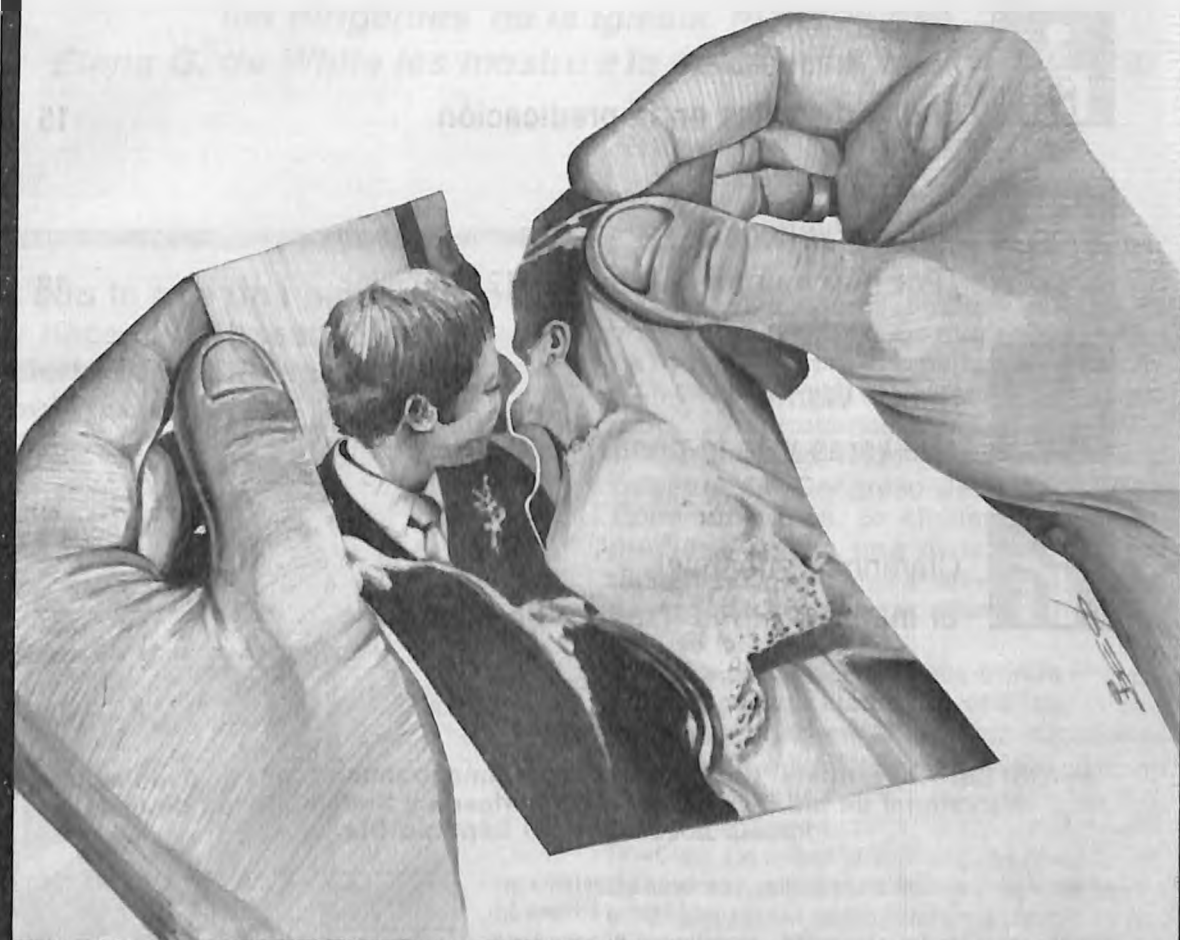


MINISTERIO

JULIO-AGOSTO 1991

adventista

¿De veras vale la pena?



MINISTERIO

adventista

AÑO 39 - N° 231

JULIO-AGOSTO 1991

EDITOR: Werner Mayr
REDACTORES: Javier Hidalgo
Wilson Roberts
CONSEJEROS: José A. Justiniano
Alejandro Bullón
Jaime Castrejón
DIAGRAMADOR: Ideyo Alomía

CONTENIDO:



George R. Knight
Crisis de autoridad

3



Floyd Bresee
El uso de notas en la predicación

15



Nancy Vyhmeister
¿Por qué una misión mundial?

18



Robyn Warner
¿De veras vale la pena?

24



Clarence Gruesbeck
El ministro como ganador de almas

27

MINISTERIO adventista. Revista publicada bimestralmente por la Asociación Ministerial de las Divisiones Interamericana y Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Impreso en la República Argentina, mediante el sistema off-set, en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires.

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL N° 184440	CORREO ARGENTINO Suc. Florida (B) y Central (B)
PRINTED IN ARGENTINA	FRANQUEO A PAGAR Cuenta N° 199

George R. Knight

CRISIS DE AUTORIDAD

Es muy humano buscar apoyo en cualquier autoridad que está de acuerdo con nosotros. Pero cuando los dirigentes de la iglesia hicieron eso, Elena G. de White les mostró a la única autoridad verdadera.

Todo lo que una persona cree y hace, está basado sobre cierta forma de ver la autoridad.



EXISTE CASI una obsesión por la ortodoxia. En una reunión del colegio se propuso que no se enseñaría allí una nueva doctrina hasta que fuera adoptada por la Asociación General. Tras una dura batalla mi madre y yo derrotamos dicha resolución'.¹ Así se expresó W.C. White antes de la clausura del Congreso de la Asociación General de 1888, en Minneapolis. Su comentario refleja una división entre los dirigentes adventistas acerca del uso apropiado de la autoridad en la solución de problemas teológicos.

El Congreso de 1888 nos brinda una excelente oportunidad para analizar el uso de la autoridad en la toma de decisiones respecto a cuestiones teológicas, puesto que los asuntos eran considerados por ambas facciones como importantes y verificables. La importancia y la claridad de los puntos sobre Gálatas y Daniel que estaban en discusión nos dan una percepción clara del uso de la autoridad que puede ser de

ayuda para los adventistas en la diversidad de asuntos que enfrentan en esta última parte del siglo XX.

Hay algunos temas relacionados con las reuniones de 1888 que están llenos de interrogantes. Esto mismo no es cierto con relación al modo como cada lado trató de apoyar la "verdad" de su posición. Los documentos existentes revelan que todas las facciones trataron de hacer prevalecer sus posiciones a través del uso de la autoridad administrativa, la opinión de los expertos, los libros autorizados, la tradición denominacional, los reglamentos, los escritos de Elena G. de White y la Biblia. No hay asunto más importante para los cristianos que la autoridad. Todo lo que una persona cree y hace está basado sobre cierta forma de ver la autoridad. Los dirigentes adventistas estuvieron divididos por causa de este problema en 1888, y todavía lo están hoy. Quizá la lección relacionada con la autoridad religiosa sea lo más importante que los adventistas puedan aprender de la experiencia de Minneapolis.

Los adventistas
no sólo se
sintieron
tentados
a usar a los
autores cristianos
reconocidos
como autoridad,
sino a sus propios
autores
notables
como
Urías Smith.

Apelación a la autoridad humana

Los adventistas tradicionalistas apelaron a por lo menos cuatro formas de autoridad humana en su intento por resolver los problemas teológicos que perturbaban a la denominación en 1888. Tanto Urías Smith como George I. Butler apelaron a la opinión de los expertos y a la autoridad establecida de los autores adventistas. Si bien la mayoría de los ministros puede haber estado de acuerdo con ellos, el tratar de apoyarse en esa autoridad fue recibida con un coro de protestas por los elementos reformadores del adventismo.

E. J. Waggoner fue el más lúcido de todos en la consideración del asunto. Al refutar a Butler por apelar a la opinión de los expertos para resolver el asunto del libro de Gálatas, Waggoner le hizo frente al viejo dirigente en su punto más vulnerable. "No me importa mucho", dijo Waggoner, "lo que un hombre diga. Yo quiero saber lo que dice Dios. No enseñamos como doctrinas la palabra de los hombres, sino la Palabra de Dios. Estoy completamente convencido de que usted no citaría a Greenfield sino la Escritura si pudiera encontrar en ella un argumento que lo apoyara".² Si los adventistas comenzáramos a confiar en la opinión de los expertos, afirmó, "deberíamos volvernos papistas de una buena vez, puesto que la misma esencia del papado consiste en someter la fe de la gente a las opiniones de los hombres. No importa si nos adherimos a la opinión de un solo hombre o a la opinión de cuarenta; o si tenemos un papa o cuarenta". Tras demostrar que el uso que Butler hacía de autoridades como Philipp Schaff conduciría a extrañas conclusiones en caso de que fuera esgrimida para fijar la posición de los adventistas frente al sábado, Waggoner expresó claramente su esperanza de "que en estos días finales no deberíamos introducir en nuestro medio la costumbre de citar las opiniones de los doctores en divinidades para apoyar una teoría". Los adventistas "deberían ser protestantes genuinos, probándolo todo con la Biblia solamente".³ A. T. Jones apoyó la posición de Waggoner, diciendo a Urías Smith que nunca resolvería el problema de la identidad de los

diez cuernos aduciendo que "el obispo Chandler dijo así".⁴

Los adventistas no sólo se sintieron tentados a usar a los autores cristianos reconocidos como autoridad, sino a sus propios autores notables como Urías Smith. Por ejemplo W. C. White señaló que algunos ministros adventistas daban "igual importancia a las citas de la Escritura como a los comentarios del pastor Smith".⁵ Ello se debía mayormente a los elogios que Elena G. de White había expresado con relación a su libro "*Daniel y Apocalipsis*". Cuando el libro estaba siendo revisado para traducirlo en 1887, W. C. White recordó, "ellos citaron lo que ella había escrito apoyando la obra del pastor Smith, y (la) declaración de que él tenía la asistencia de los ángeles celestiales en su obra; y estas cosas se llevaron a tal extremo que el presidente de la Asociación de Publicaciones adoptó la posición de que "los pensamientos sobre *Daniel y Apocalipsis* eran inspirados y no debían cambiarse de ninguna manera. Esto, por supuesto, hizo que fuera imposible hacer un estudio imparcial y justo de los asuntos que estaban bajo consideración".⁶ En el mes de febrero de 1889 W. C. White esperaba que la "doctrina de la infalibilidad" con relación al pastor Smith se disipara pronto.⁷

Estrechamente relacionada con la autoridad de la opinión de los entendidos estaba la de la *posición autoritaria*. El pastor Butler, que tenía una voluntad férrea, estaba particularmente inclinado a apelar a la posición tradicional. Su concepto acerca de los dirigentes que tenían una "visión más clara" y posiciones más importantes que los miembros comunes, lo inclinó al abuso de autoridad. Elena G. de White lo reprendió en 1888 porque favorecía a aquellos que concordaban con él, pero miraba suspicazmente a aquellos que "no se sienten obligados a recibir sus impresiones e ideas de los seres humanos, actuando únicamente como ellos actúan, hablando como ellos hablan, pensando como ellos piensan y, de hecho, convirtiéndose a sí mismos en poco menos que una máquina".⁸ Muy poco después de las reuniones de 1888 ella escribiría que Butler "piensa que su posición le da tal poder que su voz es infalible".⁹

La forma en que el pastor Butler veía las

cosas, alentando a los adventistas a "buscar a un hombre que pensara por ellos, que fuera conciencia para ellos" había creado muchos débiles mentales que eran incapaces de "permanecer en su puesto del deber" fielmente.¹⁰ Elena G. de White dijo que nunca se había sentido tan alarmada como se sintió en la sesión de la Asociación General donde los ministros sentían que no podían ni siquiera estudiar la cuestión de Gálatas en la Biblia "porque un hombre no está aquí".¹¹ Al colocar a Butler en el lugar que sólo pertenece a Dios, habían arruinado tanto su experiencia cristiana como la suya propia.¹²

Elena G. de White, al denigrar tanto la autoridad administrativa como la de los expertos en cuestiones doctrinales, señaló en diciembre de 1888 que "no deberíamos considerar que el pastor Butler o el pastor Smith son los guardianes de la doctrina para los adventistas del séptimo día, y que nadie se puede atrever a expresar una idea que difiera de la suya. Mi clamor ha sido: Investigad las Escrituras por vosotros mismos... Ningún hombre debe ser autoridad para nosotros".¹³

Un tercer uso equivocado de la autoridad en Minneapolis se vio en aquellos que querían apoyarse en la *tradición adventista* para fijar una posición. Tanto Smith como Butler afirmaban repetidamente que en vista de que las posiciones adventistas tanto sobre Gálatas como sobre Daniel se habían sostenido durante 40 años, no debían cambiarse. Smith fue tan lejos que llegó a afirmar que si la tradición estaba errada, se vería forzado a renunciar al adventismo.¹⁴

Por supuesto, E. J. Waggoner y A. T. Jones rechazaron la apelación a la tradición. J. H. Waggoner apoyó a su hijo. "He creído durante mucho tiempo", escribió, "que es un grave error lo que se está suscitando en nuestro medio, que un individuo, o incluso una casa publicadora, impongan sus puntos de vista y mantengan maniatada a la denominación, en todo cuanto publican... Las exposiciones de las Escrituras no pueden descansar en" la autoridad de la tradición. "Sólo pueden resolverse mediante una investigación tranquila y un razonamiento justo, y luego todos deben tener el mismo derecho de expresar sus opiniones".¹⁵

Al colocar
a Butler en el
lugar
que sólo
pertenece a Dios,
habían
arruinado
tanto su
experiencia
cristiana
como
la suya propia.

Elena G. de White, como de costumbre, se encontraba del lado de los reformadores. "Como pueblo estamos en gran peligro", dijo, "si no nos mantenemos constantemente en guardia, al considerar nuestras ideas, porque las hemos acariciado durante mucho tiempo, como si fueran doctrinas bíblicas e infalibles desde todo punto de vista, y midiendo a todos los demás por la regla de nuestra interpretación de la verdad bíblica. Este es nuestro peligro, y sería el más grande mal que jamás podría acontecernos como pueblo".¹⁶

Una apelación final a la autoridad humana hecha por el grupo Butler-Smith se vio en su esfuerzo porque se votara algo parecido a "una declaración de fe" que establecería en forma concreta la teología adventista para la presesión de 1888. Butler había esperado que su comisión teológica compuesta de nueve hombres pusiera el fundamento para establecer por voto la verdad sobre la ley en Gálatas y los 10 reinos de Daniel 7 en la sesión de la Asociación General. Pero sus esperanzas se desvanecieron cuando la comisión se dividió cinco a cuatro. Pero dado que era

un político muy astuto, no llevó el asunto a la sala durante la sesión misma, porque, de hacerlo, habría una "tremenda batalla pública sobre el asunto".¹⁷ Resolvió la cuestión mediante una decisión de compromiso merced a la cual obtuvo la aprobación de una resolución que prohibía que "los puntos de vista doctrinales que no fueran sostenidos por una clara mayoría de nuestro pueblo" no deberían enseñarse en las escuelas adventistas o publicarse en las revistas denominacionales hasta que hayan sido "examinados y aprobados por los hermanos de mayor experiencia".¹⁸ Puesto que Butler y Smith eran los "principales hermanos de experiencia", la resolución les dio virtual poder de veto, pero no lograron que se votara la decisión formal que tanto deseaban.

La lucha por obtener una "declaración de fe" continuó hasta fines de 1888. En el mes de mayo de 1887 León Smith (que casi siempre siguió las indicaciones de su padre) escribió un editorial sobre "el valor de un credo" en la "Review". Para León, un credo, como un sumario de creencias, era una de las cosas que se enseñaban más claramente en la Biblia. "Tomemos el 'credo' que la Palabra inspirada nos da —concluye— y que está completamente arraigada en sus enseñanzas, y sostengámoslo a pesar de la declamación adversa de aquellos que aspiran a ser maestros de un nuevo Evangelio".¹⁹ La última frase de León estaba dirigida claramente a Waggoner y Jones. Su credo, como el de su padre y el de Butler, contendría, sin duda, declaraciones sobre la ley en Gálatas y los 10 cuernos de Daniel 7, puesto que, según creían, éstas eran enseñanzas centrales de la Biblia. Uno de los problemas que tienen los credos es que tienden a establecer firmemente asuntos marginales de interés del momento, junto a las enseñanzas centrales de la Biblia como artículos de fe. Y tales artículos de fe, una vez establecidos como credo, se vuelven muy difíciles de suprimir en el futuro, pues se interpreta todo cambio como si se estuviera destruyendo la fe de los padres. Tal clase de perpetuidad era exactamente la que los tradicionalistas esperaban lograr en Minneapolis.

Las reuniones de Minneapolis vieron

varios intentos de lograr que se tomaran resoluciones con carácter de credo en relación con los diez cuernos y la ley en Gálatas. Por ejemplo, el 17 de octubre, G. B. Starr propuso un voto sobre los diez cuernos. "Me gustaría", dijo, "poner un conciliador permanente sobre esta cuestión de modo que no volviera a ser objeto de discusiones otra vez". La audiencia respondió con gritos de 'amén', 'amén'.²⁰ Sin embargo, tales intentos fueron resistidos con éxito por Waggoner y los White. El último día de reuniones la señora White escribió que ella y "Willie...tuvimos que velar en todos los puntos a fin de que no se tomaran votos, o se pasaran resoluciones, que irían en detrimento de la obra en el futuro".²¹ W. C. White había dicho desde el principio a los delegados que él podría sentirse compelido "a predicar lo que creía, independientemente de la forma en que la sesión decidiera la cuestión" concerniente a los diez cuernos si se llevara a votación.²² Tanto la señora White como Waggoner pidieron que se estudiara más detenidamente a la luz de las Escrituras antes de que se llegara a cualquier decisión. Ella escribió en 1892, "la iglesia podría pasar resolución tras resolución con tal de eliminar cualquier diferencia de opinión, pero no podemos forzar la mente y la voluntad y así eliminar el desacuerdo. Es posible que estas resoluciones concilien las discordias, pero no pueden apagarlas y establecer el perfecto acuerdo". Sugirió que era necesaria "una paciencia semejante a la de Cristo" para ciertas variaciones de creencia. Por otra parte, "las grandes verdades de la Palabra de Dios están tan claramente definidas que nadie necesita cometer un error para comprenderlas". Pero ella se mantuvo firme contra aquellos que magnificaban "meros detalles hasta convertirlos en montañas.. y poner barreras entre los hermanos".²³

Desafortunadamente, la base del problema con los tradicionalistas de 1888 (y con una gran parte de la historia de la iglesia) estaba en que confundían los detalles y las montañas, creyendo que aquéllos eran las montañas más importantes en la geografía del reino espiritual. Pero como no tenían una clara posición bíblica para apoyar muchas de esas "montañas", se

vieron forzados a buscar una legislación tipo "declaración de creencias" u otra forma de autoridad humana para apoyar sus puntos de vista.

Apelación a la autoridad de Elena G. de White

Sin embargo, todos concordaban que "un testimonio" de Elena G. de White sobre los puntos en discusión sería mejor que cualquier autoridad humana y que zanjaría claramente la cuestión. Después de todo, ¿no provenían de parte de Dios sus testimonios? Butler estaba particularmente ansioso ante la posibilidad de obtener una respuesta directa de Dios vía Elena G. de White. Entre junio de 1886 y octubre de 1888 escribió una serie de cartas tratando de incitarla, e incluso presionarla, para que diera la interpretación autorizada que se necesitaba para resolver el conflicto sobre el libro de Gálatas. Si hubiera tenido más éxito podría haber escrito un libro titulado *Cómo presionar a una Profetisa*.

Butler, usando buena psicología, comenzó a sonsacar una respuesta a la señora White en forma muy disimulada. El 20 de junio de 1886 le escribió quejándose por las enseñanzas de Jones y Waggoner en el Colegio de Healdsburg y por lo que habían escrito en la revista *Signs* declarando que la ley en Gálatas era la ley moral —un punto, dijo, que no armonizaba con las enseñanzas tradicionales de los adventistas. Entonces Butler siguió presentando su petición, presionándola gentilmente a fin de que diera la respuesta apropiada: "Escuché confidencialmente hace años que usted tenía luz concerniente a la ley suplementaria, que se relacionaba más bien con el sistema de sacrificios y no con la ley moral. Yo pienso que esta cuestión debe decidirse ya. Podría ser una píldora muy amarga para muchos de nuestros principales hermanos que se les obligara a ver la idea enseñada desde antiguo, de que la ley que fue añadida... era la ley moral".²⁴

El 23 de agosto el presidente de la Asociación General se abrió un poquito más en relación al asunto. Al notar que la cuestión estaba creando controversia, Butler fue más específico acerca de la con-

frontación de Stephen Pierce y J. H. Waggoner en la década de 1850, cuando los dirigentes adventistas adoptaron la interpretación de que se refería a la ley ceremonial. Entonces sugirió que él podría escribir un tratado sobre el tema, puesto que "la posición correcta no se había dado a la luz en la imprenta". Finalmente insinuó que él sabía muy poco de su opinión, por lo cual confería a la señora White la oportunidad de poner su sello sobre la posición "correcta" que acababa de bosquejar para ella. Que Butler esperaba una respuesta se deduce de estas pocas frases que añadió: "Por supuesto, sería un golpe muy duro para mí después de estudiar este asunto durante largo tiempo y pareciéndome tan claro, si se le mostrara a usted que la posición que sostengo es errónea. Pero yo me siento seguro de que lo aceptaría y por lo menos me quedaría tranquilo si no pudiera entenderlo perfectamente. Esta es la única posición correcta cuando uno reconoce el don del Espíritu".²⁵ El presidente Butler podía darse el lujo de ser humilde ya que no tenía la menor duda de que Elena G. de White aprobaría su posición. Pero una vez más ella declinó acceder a sus gentiles invitaciones a que decidiera la cuestión. Su respuesta fue el silencio sobre el asunto.

En diciembre de 1886 Butler ya estaba bastante impaciente con la silenciosa profeta. Su plan de decidir la cuestión en el Congreso de la Asociación General mediante una declaración de fe, había fracasado, y comenzaba a desesperarse por la falta de cooperación con sus tiernas súplicas por parte de Elena G. de White. "Hemos deseado y esperado durante muchos años escuchar de usted algo sobre el tema (de Gálatas)", dijo abruptamente con desconsideración, "sabiendo que la agitación que ha suscitado este tema terminaría sólo en debate". Doce días más tarde le dijo francamente que "nada menos que un testimonio del cielo" cambiaría su manera de pensar en los asuntos íntimamente relacionados con el problema de Gálatas".²⁶

En marzo de 1887 Butler tenía un espíritu un poco más tranquilo. Había recibido en febrero la censura de la señora White dirigida a Waggoner y Jones por hacer públicos sus puntos de vista controvertidos.

El presidente
Butler podía darse
el lujo de ser
humilde
ya que no
tenía la menor
duda de
que Elena
G. de White
aprobaría su
posición.

Butler interpretó algunas de sus declaraciones como una señal de que ella estaba de su parte en la controversia sobre Gálatas. Estaba seguro de que ahora sí diría lo que era correcto. Por lo tanto le recordó que le había escrito varias veces al respecto, "pero no había tenido respuesta". Mientras argüía que no la estaba presionando para que formulara una declaración, sugirió ominosamente que se sentía "seguro de que después de toda la agitación producida en torno a este asunto, habría problemas hasta que se supiera su opinión. Usted verá si tengo razón o no. Si nuestro pueblo hubiera sabido que usted tenía luz respecto a que no era la ley moral la que había sido añadida, el asunto se habría resuelto pronto. Eso es precisamente lo que nuestro pueblo está esperando saber con creciente ansiedad".²⁷

Puesto que se sentía seguro de que la señora White apoyaría públicamente su posición, quedó herido y perplejo cuando ella le escribió en el mes de abril diciéndole que su carta de reprensión dirigida a Waggoner y Jones no significaba que ella creyera que la posición de Butler estuviera correcta.²⁸ Después de esa "traición" Butler no gastaría más tinta pidiéndole su opinión sobre el tema.

En el mes de octubre de 1888 el presidente de la Asociación General había superado el tiempo de súplica pidiendo su apoyo. Ahora la atacó y la condenó por su silencio a pesar de sus repetidas súplicas de respuesta en cuanto a la cuestión de Gálatas. Incluso la culpó por la pérdida de su salud. Además, la amenazó abiertamente. Si ella no daba la interpretación correcta, dijo Butler, no sólo “abrirá una amplia puerta para otras innovaciones que se introducirán y derribarán nuestras antiguas posiciones de fe”, sino que “tenderá a romper la confianza de nuestro pueblo en los testimonios mismos. Y todo este asunto, creo yo, hará más para derribar la confianza en su obra que cualquiera otra cosa que haya ocurrido desde que esta causa existe, si se sostiene este movimiento de la costa del Pacífico sobre Gálatas... si nuestro pueblo llega a pensar que el otro lado es apoyado, quebrantará la fe en los testimonios de muchos de nuestros principales obreros. No vislumbro otro resultado posible”.²⁹ No hay duda de que Butler se incluía a sí mismo entre aquellos cuya fe se derrumbaría.

La secuencia de las cartas de Butler es interesante, dada la forma en que muchos creyentes consideraban el consejo de Elena de White. Muchos han expresado su deseo, ya en forma silenciosa o de viva voz, que ella estuviera aquí en nuestros días para preguntarle el significado “real” de algunos pasajes de la Escritura. En la secuencia de Butler encontramos su respuesta a esa idea —silencio, frustrante silencio. Se negó a actuar en las manos de los tradicionalistas que prácticamente le exigieron que decidiera la cuestión del libro de Gálatas dando una respuesta autorizada, ya fuera apelando a un testimonio que había escrito en 1850 a J. H. Waggoner pero que se había perdido después, o haciendo una declaración autorizada. En otras palabras, querían que hiciera el papel de una mujer policía teológica o árbitro exegético. Pero ella se negó a hacerlo. Como consecuencia, muchos le retiraron su confianza.

Elena G. de White no sólo rehusó decidir los asuntos bíblicos apelando a los testimonios, pero fue más allá como para dejar que los delegados en las reuniones del 24 de octubre en Minneapolis sacaran la

conclusión de que había sido providencial que ella perdiera el testimonio escrito a J. H. Waggoner en el cual significativamente había decidido la cuestión de una vez y para siempre en 1850. “Dios tiene un propósito con esto. Quiere que vayamos a la Biblia y obtengamos la evidencia de la Escritura”.³⁰ En otras palabras, estaba más interesada en saber lo que la Biblia decía sobre el tema que en sus escritos al respecto. Los testimonios no habían de tomar el lugar de las Escrituras. Ella enfatizaría ese punto una vez más a principios de 1889 en la publicación del *Testimonio* 33, que tiene una sección completa sobre ese asunto. Aclaró que sus escritos eran para traer al pueblo de “vuelta a la Palabra” y para ayudarles a comprender los principios bíblicos,³¹ pero nunca los estimó como un comentario divino sobre las Sagradas Escrituras.

Frente a la negativa de Elena G. de White a “producir” un testimonio sobre Gálatas, los tradicionalistas de Minneapolis deben de haber sentido una oleada de gratitud puesto que tenían sus escritos publicados sobre el tema, especialmente porque parecía que ella identificaba la ley en Gálatas en su *Sketches From the Life of Paul* (Reseñas de la vida de Pablo) (1883). El 24 de octubre J. H. Morrison utilizó estos escritos en su intento de demostrar la validez de la interpretación de la ley ceremonial. Leyó en la página 193 a los delegados: “El (Pablo) describe la visita que hizo a Jerusalén para asegurar la solución de las grandes cuestiones que agitaban a las iglesias de Galacia, en cuanto a que si los gentiles debían someterse a la circuncisión y guardar la ley ceremonial o no”. Luego Morrison leyó lo que dice de la naturaleza del problema de los gálatas en la página 188: “Habiendo ganado este punto (los maestros judaizantes) los indujeron (a los cristianos de Galacia) a volver a la observancia de la ley ceremonial como si fuera esencial para la salvación. La fe en Cristo y la observancia de los diez mandamientos se consideraban como de menor importancia”. Esta última declaración parecía favorecer dos puntos de inmediato —aparentemente confirmaba la interpretación de la ley ceremonial, mientras que explícitamente desautorizaba la posición de Waggoner de

un sólo plumazo. Luego Morrison leyó de la página 68, donde ella habló del yugo de servidumbre que se menciona tanto en Hechos 15:10 como en Gálatas 5:1: "Este yugo no era la ley de los diez mandamientos, como afirmaban aquellos que se oponían a la obligatoriedad de la ley, sino que Pedro se refirió a la ley de las ceremonias, que había sido abrogada por la crucifixión de Cristo".³² Habiendo presentado esta evidencia, Morrison y los demás tradicionalistas han de haber sentido que habían ganado la discusión. Después de todo, tenían una cita de Elena G. de White, y creían que su comentario era la última autoridad sobre la verdad bíblica.

Sin embargo, no fue esa la posición que ella adoptó en Minneapolis. Esa misma mañana (antes de la presentación de Morrison), tratando el problema de Gálatas, ella había dicho: "No puedo ponerme de ningún lado hasta que haya estudiado el asunto".³³ Fue en este contexto que ella hizo notar que había sido providencial que no hubiera podido encontrar su testimonio a Waggoner sobre el tema. Podría haber sido usado equivocadamente para desviar a la gente del estudio de la Palabra de Dios. Elena G. de White había tenido luz para los delegados de la Asociación General sobre el tema de Gálatas, pero esa luz, como lo dijo repetidas veces, era que ellos necesitaban estudiar la Biblia y no confiar en ninguna otra forma de autoridad mientras estudiaban el significado de la Escritura. Y estamparía ese mensaje en su último sermón que pronunció en Minneapolis —"Un llamado a un estudio más profundo de la Palabra".³⁴

Al parecer, no estaba impresionada con el uso que Morrison había hecho de *Sketches* para probar su posición. No tenemos ninguna indicación de que considerara terminado el asunto por ese método, ni tampoco citó sus propios escritos en Minneapolis para decidir ninguno de los asuntos teológicos, históricos o bíblicos que se presentaron. Sus escritos tenían sus propios propósitos, pero, al parecer, el constituir un comentario infalible de la Biblia no era uno de ellos.

La señora White tomaría la misma posición veinte años más tarde en la controversia sobre el "continuo" de Daniel 8. En ella los tradicionalistas (capitaneados

"No puedo ponerme de ningún lado hasta que haya estudiado el asunto." Fue en ese contexto que ella hizo notar que había sido providencial que no hubiera podido encontrar su testimonio a Waggoner sobre el tema.

por S. N. Haskell) sostenían que la nueva interpretación "minaría los fundamentos de la verdad presente" porque la posición anterior se había basado en una declaración de ella en *Primeros escritos*. Así que la nueva interpretación del "continuo" era "contraria a los antiguos puntos de (la) fe".³⁵ Haskell fue explícito en su punto de vista en cuanto a la relación de los escritos de la señora White con la Biblia: "Deberíamos entender tales expresiones a la luz del Espíritu de Profecía... con este propósito se nos dio este don... Todos los puntos deben resolverse"³⁶ de esa manera. La señora White despachó rápidamente el argumento de Haskell. "No tengo instrucciones sobre los puntos en discusión", escribió. No veía motivo para la controversia puesto que "no es un tema de vital importancia... que cesen todas las contenciones".³⁷ Ella no apoyó a nadie, al margen de cuán sincero pareciera ser, que intentara usar sus escritos para crear nuevos hitos o interpretaciones rígidas de las Escrituras, como lo hizo en Minneapolis.³⁸

La autoridad de la Biblia

Waggoner, Jones y los White estuvieron de acuerdo en el uso de la autoridad en la solución de problemas teológicos. Los cuatro coincidían en que la Biblia es la única fuente que determina las Creencias Cristianas. En consecuencia, estuvieron unidos contra el intento de la vieja guardia de utilizar otras formas de autoridad para resolver asuntos bíblicos.

Elena G. de White fue particularmente insistente en la necesidad del estudio de la Biblia para la solución de disputas teológicas. Por ejemplo, en el mes de abril de 1887 escribió a Butler y a Smith lo siguiente: "Queremos evidencia bíblica para cada paso que demos. No queremos apoyar ningún punto en la forma en que lo ha hecho el pastor Canright".³⁹ En julio de 1888 expuso su posición con la mayor claridad cuando publicó en la *Review* que "la Biblia es la única regla de fe y doctrina".⁴⁰

Pero su declaración más importante con respecto a la autoridad en cuestiones teológicas que agitaban a los dirigentes denominacionales mientras se dirigían a Minneapolis la escribió el 5 de agosto de 1888. Ese día escribió una carta a "los hermanos que se reunirán en la Asociación General". Esa circular ha recibido poca atención en el pasado, pero debería verse como uno de los documentos más importantes relacionados con la sesión de la Asociación General en Minneapolis. La misiva enfatiza específicamente la crisis que se estaba desarrollando relacionada con el espíritu de Minneapolis y la solución de ese problema mediante la asimilación del Espíritu de Jesús. Pero lo más importante es un fuerte llamado individual a estudiar la Biblia y desechar la idea de que basta mantener las sendas antiguas. "No debemos establecer nuestras estacas", escribió refiriéndose a la posición Smith-Butler, "y luego interpretarlo todo de tal modo que se coincida con la posición establecida. Fue aquí donde los grandes reformadores (del pasado) fallaron, y ésta es la razón por la cual los hombres que hoy deberían ser poderosos campeones de Dios y la verdad, están luchando contra ella". Urgió a los adventistas a no cometer el mismo error, e invitó al estudio abierto de los temas controvertidos en Minneapo-

lis.⁴¹ Butler no podía escapar a las implicaciones de esa carta pública. Se le torció el brazo, por así decirlo, de manera que a finales de ese mes anunció en la *Review* que los temas acerca de los cuales "pudieran existir algunas diferencias" serían estudiados en el Congreso de la Asociación General que se acercaba.⁴²

"Escudriñad cuidadosamente las Escrituras para ver qué es la verdad", escribió la señora White en su carta del 5 de agosto. "La verdad no puede perder nada en la más minuciosa investigación. Que la Palabra de Dios hable por sí misma, que sea su propio intérprete, y la verdad brillará como gemas preciosas en medio de la basura". Reprendió al ministerio adventista por aceptar tan fácilmente las opiniones de otros. "Existe una increíble pereza acariciada por una gran cantidad de nuestros ministros que al parecer están ansiosos de que otros investiguen las Escrituras por ellos y entonces toman la verdad de sus labios como si fuera un hecho positivo, pero no conocen la verdad bíblica por medio de su búsqueda individual y por las profundas convicciones del Espíritu de Dios sobre sus corazones y mentes.

"Nuestro pueblo", continúa, "debe comprender la verdad bíblica de manera más completa, porque serán llamados ante los concilios, serán criticados por mentes muy agudas y analíticas. Una cosa es dar asentimiento a la verdad, y otra muy diferente conocer qué es la verdad por medio de una intensa investigación como estudiantes de la Biblia... Muchos, muchos se perderán porque no habrán estudiado sus Biblias sobre sus rodillas, con fervientes oraciones al Señor para que la Palabra pueda iluminar sus entendimientos.

"La Palabra de Dios es el gran detector del error; a ese detector, creemos que deben someterse todas las cosas. La Biblia debe ser nuestra norma para toda doctrina y práctica... No hemos de recibir la opinión de ninguna persona sin compararla con las Escrituras. En ella hay autoridad divina que es suprema en materia de fe. Es la Palabra del Dios viviente la que debe decidir toda controversia. Cuando los hombres mezclan su propia habilidad humana con las Palabras de ver-

dad divina y atacan acerbamente a aquellos que se les oponen, muestran que no tienen una sagrada reverencia por la Palabra inspirada de Dios. Mezclan lo humano con lo divino, lo común con lo sagrado y rebajan la Palabra de Dios".⁴³

"Nuestro pueblo debe comprender la verdad bíblica de manera más completa, porque serán llamados ante los concilios, serán criticados por mentes muy agudas y analíticas. La Palabra de Dios es el gran detector del error; a ese detector, creemos que deben someterse todas las cosas".

Elena G. de White dio un poderoso impulso a un tema que se levantaría en Minneapolis, y durante toda la década de 1890, con esta enérgica epístola. El día anterior al inicio de las reuniones ella mencionó que Butler y Smith estaban "muy molestos con la sola posibilidad de que se mencionara el asunto de la ley en Gálatas, pero", dijo enfáticamente, "no veo la

posibilidad de evitarlo. Deberíamos tomar la Biblia como nuestra norma y escudriñar diligentemente sus páginas en busca de luz y evidencias de la verdad".⁴⁴ Durante las reuniones sus intervenciones se espaciaron en ese tema. Tres de los comentarios que hizo en Minneapolis son particularmente perspicaces. Primero, dijo que "si tenemos la verdad, ella resistirá la investigación".⁴⁵ Segundo, indicó que no tomaría partido en la controversia hasta que hubiera estudiado el asunto en la Biblia. No intentó obligar a nadie a buscar la interpretación en ninguna de sus obras publicadas. Ni tampoco intentó sentarse pasivamente a esperar una visión. Su método era el mismo que recomendaba para otros —dinámico estudio de la Biblia. Tercero, continuó sosteniendo la supremacía de la Biblia. "Vuestro estudio debe ser la Escritura", les dijo a los delegados en su último mensaje, "y entonces conoceréis que tenéis la verdad... No deberíais creer ninguna doctrina simplemente porque otro dice que es la verdad. No deberíais creer en ella porque el pastor Smith, o el pastor Kilgore, o el pastor Van Horn o el pastor Haskell dicen que es verdad, sino porque la voz de Dios lo ha declarado en sus divinos oráculos".⁴⁶ Y podría haber añadido fácilmente su propio nombre a la lista, dada la posición que había adoptado durante las reuniones.

La señora White fue firme durante las sesiones y después de ellas, en el sentido de que ambos lados de la controversia en el asunto de la ley en Gálatas debían someterse al profundo escrutinio de un estudio bíblico exigente. El 9 de diciembre de 1888 hizo la pregunta crucial: "Si todas las ideas que hemos acariciado en materia doctrinal son verdad, ¿no resistirá la verdad la evidencia de una investigación? ¿Vacilará y caerá si es criticada? Si es así", contestó, "que caiga, y cuanto más pronto, mejor. La actitud que tiende a cerrar la puerta de la investigación a los aspectos de la verdad en la forma como Cristo lo hacía, no es el Espíritu que viene de arriba".⁴⁷ Dos días más tarde le escribió a Butler diciéndole que "la Biblia, la Biblia sola, recibida en el corazón y bendecida por el Espíritu de Dios, puede establecer al hombre en lo correcto y mantenerlo en lo correcto".⁴⁸

Si Smith y Butler se habían considerado autoridades en 1888, Jones, Waggoner y Prescott desempeñaron ese mismo papel para un gran número de adventistas en la década de 1890.

Elena G. de White no nos deja dudas en cuanto a la supremacía de la Biblia en fe y práctica. Verdaderamente fue una "luz menor" en Minneapolis, señalando, "más que dominando", la "Luz mayor" de la Biblia.

Aplicación de las lecciones sobre la autoridad

El ciclo de la crisis de autoridad tiende a repetirse con el tiempo. Si Smith y Butler se habían considerado autoridades en 1888, Jones, Waggoner y Prescott desempeñaron ese mismo papel para un gran número de adventistas en la década de 1890. Y esa tradición se ha prolongado hasta el siglo XX. Ya muy cerca de nosotros, en el año 1987, Jones y Waggoner se presentan unidos en un libro de mucha influencia como parte del "trío inspirado".⁴⁹ Tal identificación tiende a confundir a los hombres con su mensaje. Pero más que eso, y lo más importante, es que tal identificación perpetúa uno de los problemas

fundamentales de Minneapolis —el fracaso de los adventistas en el uso de la Biblia como su única norma de fe y práctica. La señora White se mantuvo firme en su apoyo a Jones y Waggoner siendo que ellos invitaban al estudio abierto de la Biblia en el énfasis basado en las Escrituras que hacían al presentar la justicia de Cristo. Su llamado era para todos los adventistas a fin de que se involucraran en el ferviente estudio de la Biblia en el que los jóvenes reformadores estaban involucrados. Detenernos en sus palabras y leer la Biblia a través de sus ojos es repetir meramente el error de la era de la pos-Reforma como hacen la segunda y la tercera generación leyendo la Biblia a la luz de los reformadores del siglo XVI. El gran llamado que nos hace 1888 es que los adventistas nos apartemos de esas sendas falsas y que nos involucremos en un estudio de las Escrituras intenso, activo y guiado por el Espíritu Santo. El desafío es ampliar y enriquecer el precedente teológico sentado por Jones y Waggoner, no canonizarlo.

REFERENCIAS

1. W. C. White a Mary White, 3 de noviembre de 1888.
2. E. J. Waggoner, *The Gospel in the Book of Galatians*, págs. 56, 59, 60, 66, 67.
3. *Ibid.*
4. A. T. Jones a Urias Smith, 3 de diciembre de 1886. Cf. W. C. White a George I. Butler, 16 de agosto de 1888.
5. W. C. White a C. Eldridge, 14 de mayo de 1887.
6. W. C. White a Stephan N. Haskell, 9 de diciembre de 1909.
7. W. C. White a J. H. Waggoner, 27 de febrero de 1889. Véase también, Arthur L. White, "Thoughts on Daniel and Revelation", *Ministry*, enero de 1945, págs. 11-13, 46.
8. George I. Butler, *Leadership*, pág. 1; Elena G. de White a George I. Butler, 14 de octubre de 1888; Elena G. de White a Mary White, 4 de noviembre de 1888.
9. Elena G. de White a Mary White, 4 de noviembre de 1888.
10. E. G. de White a S. N. Haskell, 14 de diciembre de 1891.
11. Elena G. de White, MS 37, cir. 1890.
12. *Ibid.*
13. Elena G. de White a William M. Healey, 9 de diciembre de 1891. Cf. Elena G. de White, MS 37, cir. 1890.
14. W. C. White, notas manuscritas sobre el congreso de 1888, Libro 1 ("E"), 15 de octubre de 1888, pág.

27; Urias Smith a A. T. Robinson, 21 de septiembre de 1892.

15. J. H. Waggoner a la Asociación General, 10 de octubre de 1887.

16. Elena G. de White, MS 37, cir. 1890.

17. George I. Butler a Elena G. de White, 16 de diciembre de 1886.

18. Urias Smith, *Review and Herald*, 14 de diciembre de 1886, pág. 779.

19. L. A. Smith, *Review and Herald*, 10 de mayo de 1887, págs. 289,299.

20. *Minneapolis Journal*, 18 de octubre de 1888, pág. 2; *Minneapolis Tribune*, 18 de octubre de 1888, pág. 5.

21. Elena G. de White a R. A. Underwood, 18 de enero de 1889; Elena G. de White, MS 8a, 21 de octubre de 1888.

22. W. C. White a Mary White, 3 de noviembre de 1888.

23. Elena G. de White a Mary White, 4 de noviembre de 1888; Elena G. de White, MS 15, noviembre de 1888; Elena G. de White, MS 24, n.d. 1892. Elena G. de White practicó lo que predicaba en cuanto a la variación de creencias. En la controversia sobre los pactos en 1890, por ejemplo, no sostuvo que los ministros debían concordar con su posición que había sido publicada en *Patriarcas y profetas* —posición que se le había "mostrado" que era correcta.

24. George I. Butler a Elena G. de White, 20 de junio de 1886.

25. George I. Butler a Elena G. de White, 23 de agosto de 1886.

26. George I. Butler a Elena G. de White, 16 y 28 de diciembre de 1886.

27. George I. Butler a Elena G. de White, 31 de marzo de 1887.

28. Elena G. de White a George I. Butler y Urias Smith, 5 de abril de 1887.

29. George I. Butler a Elena G. de White, 1 de octubre de 1888.

30. Elena G. de White, MS 9, 24 de octubre de 1888.

31. Elena G. de White, *Testimonies For the Church*, tomo 5, págs. 663-668.

32. Elena G. de White, *Sketches From The Life of Paul* (Battle Creek, 1883), págs. 193, 188, 68. Para la información concerniente a las fechas en que se leyeron estos párrafos del *Sketches*, véase a W. C. White, notas manuscritas sobre el Congreso de la Asociación General de 1888, Libro I ("E"), págs. 63, 67; Wahlen, "Selected Aspects of Ellet J. Waggoner's Eschatology", pág. 74; Elena G. de White, MS 24, cir. noviembre o diciembre 1888.

33. Elena G. de White, MS 9, 24 de octubre de 1888.

34. Elena G. de White, MS 15, noviembre de 1888.

35. S. N. Haskell a Elena G. de White, 30 de junio de 1907; 25 de febrero de 1909; 6 de diciembre de 1909; S. N. Haskell a Elena G. de White y W. C. White, 18 de noviembre de 1907; S. N. Haskell a W. C. White, 6 de diciembre de 1909; S. N. Haskell a C. C. Crissler (sic), 30 de marzo, Apt 15, 1908; S. N. Haskell a WWP, 15 de noviembre de 1907; WWP a S. N. Haskell, 1 de diciembre de 1907. Elena G. de White, *Early Writings* (Washington, D. C.: Review and Herald Publishing Association, 1945), págs. 74, 75.

38. *Ibid*

37. Elena G. de White "A los hermanos en el ministerio", 3 de agosto de 1910; Elena G. de White, MS 11, 31 de julio de 1910. Para una excelente discusión sobre el "continuo", véase a Gilbert M. Valentine, "William Warren Prescott: Seventh Day Adventist Educator", 2 tomos, tesis de Ph. D., Andrews University, 1982, págs. 389-426.

Algunos han sugerido que la tesis que sostengo respecto a la relación de Elena G. de White con la Biblia en la solución de problemas teológicos se hace añicos en la forma como trató el problema de A. F. Ballenger sobre la enseñanza del santuario en 1905. En esa ocasión ella actuó más directamente y con mayor autoridad de lo que lo había hecho en la controversia sobre Gálatas y sobre el "continuo". Así que el incidente de Ballenger es un caso excelente para probar mi tesis. Como hipótesis preliminar, me parece que hay una diferencia fundamental entre el caso de Ballenger y los otros dos. Desde la perspectiva de Elena G. de White, el punto que estaba en discusión en el caso Ballenger ya había sido estudiado completamente en la Biblia por los eruditos adventistas; mientras que en los casos de Gálatas y el "continuo" todavía se necesitaba mayor estudio cuando surgió el desacuerdo acerca de ellos. Como resultado de esto, ella manejó el caso Ballenger en forma diferente a como lo había hecho con los otros casos. Esta hipótesis todavía necesita probarse, pero el probarla debería ser una tarea interesante y significativa para algún erudito adventista en el futuro. Debería notarse, sin embargo, que el tratamiento aparentemente diferente que Elena G. de White dio a la situación de Ballenger no se debe atribuir a un desarrollo histórico en su aserto teológico, puesto que el incidente de Ballenger abarca cronológicamente las controversias de Gálatas y del "continuo".

38. *Ibid*.

39. Elena G. de White a George I. Butler y Urias Smith, 5 de abril de 1887.

40. Elena G. de White *Review and Herald*, 17 de julio de 1888, pág. 449.

41. Elena G. de White a los "Hermanos que se reunirán en la Asociación General", 5 de agosto de 1888.

42. *Ibid*.

43. *Ibid*.

44. Elena G. de White a Mary White, 9 de octubre de 1888.

45. Elena G. de White, MS 9, 24 de octubre de 1888.

46. Elena G. de White, MS 15, noviembre de 1888.

47. Elena G. de White a William M. Healey, 9 de diciembre de 1888.

48. Elena G. de White a George I. Butler y su esposa, 11 de diciembre de 1888.

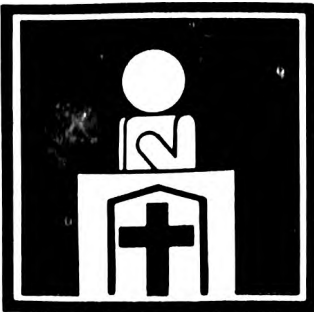
49. Robert J. Wieland y Donald K. Short, *1888 Re-examinado*, edic. rev., pág. 75.

George R. Knight es profesor de Historia Eclesiástica en el Seminario Teológico de la Universidad Andrews, Berrien Springs, Michigan. Este artículo fue adaptado de un capítulo de su libro Angry Saints, publicado por la Review and Herald Publishing Association, Hagerstown, Maryland, 1989.

EL USO DE NOTAS EN LA PREDICACION

La mayoría de los especialistas en homilética concuerda en que la forma ideal de presentar un sermón es escribirlo palabra por palabra, para luego convertirlo en un bosquejo.

Procure descubrir el método que se adapte mejor a su personalidad.



DE DONDE debería extraer su tema el predicador al exponerlo? ¿De un manuscrito? ¿De notas? ¿De la nada?

Por lo regular pensamos en cuatro opciones en la preparación y presentación de sermones: 1. *Totalmente improvisado* —ninguna preparación específica; 2. *Improvisado*, elaborar únicamente pensamientos; 3. *Manuscrito* —pensamientos y palabras previamente preparadas; 4. *Memoria* —pensamientos y palabras preparados y memorizados. En vista de que los números uno y cuatro son los extremos, y se usan muy rara vez, nos concentraremos en los otros dos métodos. Comparemos las ventajas y desventajas de la predicación con el método improvisado o preparación sólo de los pensamientos y el de manuscrito en tres áreas.

Preparación

En la mayoría de los casos, la predicación con manuscrito obliga al pre-

dicador a prepararse en forma más completa y precisa. Los que escriben íntegramente sus sermones pueden analizarlos con más exactitud antes de predicarlos.

Dado que los predicadores que improvisan no preparan las palabras de antemano —sólo preparan los pensamientos— ahorran una buena cantidad de tiempo en la preparación de sermones. Las dos o tres horas que ahorran, ya que no preparan un manuscrito, las pueden utilizar en una investigación adicional para el sermón o en la realización de otros deberes pastorales.

Presentación

Cierta vez escuché a un predicador, que solía escribir todo su sermón, describir a la Pitonisa de Endor como “un saco húmedo de arpillera colgado del poste de un vallado. Uno de sus incisivos se erguía como un centinela solitario en las puertas del infierno”. Sólo un predicador que escribe su sermón palabra por palabra y con mucha anticipación es capaz de una descripción tan precisa y vívida.

Los predicadores que preparan sólo los pensamientos, generalmente son más relacionales que quienes escriben todo su sermón. Henry Ward Beecher dijo que un sermón escrito le extiende una mano enguantada a la gente, pero que uno no escrito le presenta una mano resplandeciente. Un guante puede ser más vistoso que una mano callosa y llena de cicatrices, pero no tan sensible y cálida como ella.

La lectura de un sermón limita el contacto visual del predicador con la audiencia. Como decía Phillips Brooks con insistencia, la predicación es la presentación de la verdad a través de la personalidad. Y el ojo proyecta con más fidelidad la personalidad. De modo que todo lo que interfiera con el contacto visual del predicador impide la expresión de la personalidad y consecuentemente bloquea la predicación.

Los predicadores que leen sus sermones pueden obviar algunas de las debilidades inherentes a su método de presentación conociendo tan bien el material que no necesiten leerlo palabra por palabra. Mantener la voz y el gesto conversacional es también de gran ayuda.

La lectura de un sermón limita el contacto visual del predicador con la audiencia. Como decía Phillips Brooks con insistencia: la predicación es la presentación de la verdad a través de la personalidad. Y el ojo proyecta con más fidelidad la personalidad. De modo que todo lo que interfiera con el contacto visual del predicador impide la expresión de la personalidad...

Conservación

En la categoría de la conservación los que escriben sus sermones tienen, definitivamente, una ventaja. La preparación de sermones le enseña a uno a escribir. Y ello permite que éstos estén listos para ser publicados. La mayor parte de la literatura cristiana proviene de eruditos que escriben libros para probar sus teorías. Muy pocos de ellos provienen de pastores que están ejerciendo el ministerio. Necesitamos más libros escritos por pastores que tengan como propósito aplicar sus teorías a las vidas de las personas.

No hay un solo método que se adapte a todos. Y, naturalmente, tanto la lectura del sermón como uno presentado espontáneamente, tiene sus ventajas y desventajas. El problema surge cuando el predicador elige un método que no se adapte a su personalidad. Sólo un predicador vivaz y simpático puede leer un sermón.

Prueba y error

La mayoría de los especialistas en homilética concuerda en que la forma ideal de presentar un sermón es escribirlo palabra por palabra, para luego convertirlo en un bosquejo —ya sea que el predicador lo use en el púlpito o lo memorice. Sin embargo, la realidad del vasto programa de trabajo del pastor impide que dedique tal cantidad de tiempo a la elaboración de un sermón.

Muchos predicadores llevan consigo un

manuscrito al púlpito pero sólo leen algunas partes de él, exponiendo el resto de memoria. Por ejemplo, las ilustraciones y el llamado no se prestan para leerlos y casi seguramente el predicador los presenta espontáneamente.

Un pastor de la ciudad de Sacramento me impresionaba especialmente por su forma de presentar su sermón. Seguía fielmente su manuscrito hasta que llegaba al llamado. Entonces, haciendo a un lado el manuscrito, unía sus manos, se inclinaba un poco hacia adelante sobre el púlpito y hablaba a su congregación. Lo único que había hecho el manuscrito fue poner las bases para el llamado. A decir verdad, la lectura cuidadosa de todo su sermón enfatizaba la intimidad del llamado.

No hay un solo método que se adapte a todos. Y, naturalmente, tanto la lectura del sermón como uno presentado espontáneamente, tienen sus ventajas y desventajas. El problema surge cuando el predicador elige un método que no se adapta a su personalidad. Sólo un predicador vivaz y simpático puede leer su sermón. Pero con seguridad será el ministro erudito y preciso quien escoja este método.

Por otra parte, la presentación espontánea requiere una buena memoria y una preparación cuidadosa, de suerte que mantenga el sermón moviéndose en la ruta señalada.

Pero será un predicador activo, con pocas pretensiones de erudición, quien normalmente elegirá este método.

Si el mejor gato es el que caza más ratones, el mejor método de caza será el que le procure más ratones —no el método que haga sentirse más cómodo al gato. Procure descubrir el método que se adapte mejor a su personalidad. Muchos de nosotros predicamos como lo hacemos porque nos hemos deslizado hacia allí y nos sentimos cómodos, y no porque hayamos llegado a la convicción de que con ese método nos comunicamos mejor con nuestros oyentes.

Si no ha experimentado lo anterior, y se quedó satisfecho con el método que le resulta familiar y confortable, es posible que esté usando un método equivocado. Es cuestión de prueba y error hasta dar con lo mejor.

¿POR QUÉ UNA MISIÓN MUNDIAL?

*¿Cuál es la misión de la Iglesia Adventista del Séptimo Día?
¿Debería ser una misión mundial?
Y si es así, ¿por qué?*

Los seguidores de Cristo, los que han aceptado la misión que él les dejó, no pueden limitarla a su medio ambiente.



MARTIN LUTERO tenía muy poco interés en una misión mundial. Creía que la comisión universal evangélica se les había dado exclusivamente a los apóstoles; los pastores de sus días debían preocuparse únicamente por sus iglesias. Básicamente, el mundo había sido evangelizado, exceptuando algunos lugares muy alejados, a los cuales Dios llevaría las buenas nuevas en el momento más oportuno y según sus providencias y métodos propios. La iglesia de Alemania no tenía por qué preocuparse de enviar misioneros a tierras lejanas. De hecho, los cristianos tomados prisioneros por los turcos podían ser misioneros.

Melanchton, compañero de Lutero, seguía una línea de razonamiento muy similar, pero permitía que las autoridades civiles se preocuparan por la propagación del mensaje cristiano.¹

Al igual que Lutero, los primeros adventistas del séptimo día tenían una visión

muy estrecha acerca de las responsabilidades de la iglesia con respecto a las personas que vivían fuera del país donde vivían. En el año 1859 cuando un lector de la *Review and Herald* preguntó si se debía predicar el mensaje del tercer ángel a la gente que vivía fuera de Norteamérica, el pastor Urías Smith le contestó que no era necesario. Siendo que los Estados Unidos estaban formados por inmigrantes provenientes de muchas partes del mundo, Apocalipsis 10:11 ya se había cumplido.² La visión de Smith nos parece estrecha ahora, pero en realidad era mucho más abierta que la idea de misión que habían tenido sus predecesores, quienes sostuvieron la teoría de la "puerta cerrada", que decía que no valía la pena predicarles el mensaje a quienes no habían pasado por la experiencia de 1844.³

Uno no puede menos que preguntarse si los adventistas actuales, que omiten regularmente el informe misionero de su programa de Escuela Sabática, ¿no serán herederos inconscientes de la idea de misión que tenían Lutero y los pioneros adventistas? En cualquier caso, puede ser que se estén perdiendo una de las más emocionantes bendiciones de ser una iglesia mundial.

¿Qué misión?

El anuncio de la Estrategia Global para alcanzar a los que todavía no hemos evangelizado suscita preguntas que demandan una respuesta urgente. Las preguntas más importantes son: ¿Cuál es la misión de la Iglesia Adventista del Séptimo Día? ¿Debe ser mundial? Y si lo es, ¿por qué?

La gente concibe la misión de la iglesia de muchas maneras. Para muchos la misión de la iglesia es "salvar almas". Para otros, la misión significa alimentar a bebés hambrientos. O puede interpretarse la misión como la tarea de proveer una vida mejor para los desafortunados. ¿Cuál es, entonces, la misión de la Iglesia Adventista del Séptimo Día?

La comisión evangélica, que se registra en los cuatro evangelios y en los Hechos, abarca muchas actividades. La más notable es ir, hacer discípulos en todas las naciones, bautizar, predicar, enseñar y testificar. Juan, que siempre parece poner

las cosas en forma un tanto diferente a como la pusieron los otros evangelistas, registra otra dimensión de la orden de Jesús. "Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Juan 20:21). La misión consiste en hacer lo que Jesús hizo y en la forma en que él lo hizo.

Jesús anduvo sanando, enseñando y predicando. Pero también visitó a la gente en sus casas, comió en sus mesas, durmió en sus botes de pescar. La misión debe incluir la proclamación, el servicio, la comunión. La misión debe suplir las necesidades de los seres humanos: Una acción integral dirigida a la persona total. Esta clase de misión no sólo conlleva la promesa de una recompensa futura; sino que hace a la gente más feliz, más saludable y más santa de lo que era antes de aceptar las buenas nuevas.

Dentro de este esquema, cada miembro de iglesia puede y debe ser un misionero. Elena G. de White lo dice claramente: "Cada verdadero discípulo nace en el reino de Dios como misionero".⁴ Y también escribió lo siguiente: "Todo hijo e hija de Dios está llamado a ser misionero; se nos llama a servir a Dios y a nuestros semejantes,... (ya sea que los cristianos) sigan alguna de las profesiones ordinarias de la vida o vayan a países paganos para predicar el Evangelio; pero todos serán igualmente misioneros de Dios, ministros de misericordia para el mundo".⁵

La misión, tal como se presenta en estas citas, puede tener lugar en cualquier parte del globo. No necesitamos cruzar el mar ni siquiera abordar un tren para ser misioneros. El único paso que debemos dar es cruzar la línea que separa la fe de la incredulidad. La validez de esta misión para la iglesia y sus miembros no debe ser discutida, porque, como lo expresó el teólogo suizo Emil Brunner: "La iglesia existe para la misión como el fuego existe para quemar". La misión es la iglesia; la iglesia es la misión.

¿Por qué una misión mundial?

El tema de la Estrategia Global es la misión mundial, misiones extranjeras, misión en otras tierras, otras lenguas, otras culturas. ¿Debe la iglesia de Avellaneda en Argentina o la de Bigcity,

Australia, involucrarse en lo que pasa en África, Asia, o Latinoamérica? ¿Deben los miembros oír los relatos de las misiones en lejanas tierras y dar ofrendas para gente que nunca ha visto u oído excepto a través de esos relatos? Dicho de otro modo, ¿por qué tendría una iglesia que está haciendo su parte, preocupándose por los necesitados de su ciudad, interesarse en una estrategia o una misión global?

Hay tres razones por las cuales la Iglesia Adventista del Séptimo Día debería tener la visión de una misión mundial. Todas son susceptibles de análisis.

1. *Cristo lo desea*

El modelo de misión del Antiguo Testamento se centraba en un pueblo cuyo bienestar atraería la atención de todos los que lo observaran. Israel debía ser próspero y santo, bendito y feliz. Sus vecinos preguntarían: “¿Qué nación grande hay que tenga sus dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos?” (Deut. 4:7). Israel sería cabeza y no cola (Deut. 28:14).

Elena G. de White escribió: “Era el propósito de Dios que por la revelación de su carácter mediante Israel, los hombres fueran atraídos a él”. Israel no sólo debía atraer a sus vecinos inmediatos hacia Dios, sino debería ser también “luz a las naciones” (Isa. 49:6). En otras palabras, era el propósito de Dios llevar a cabo una misión mundial por medio de Israel.

El Nuevo Testamento no abandona la idea de las bendiciones que entraña el pertenecer al pueblo de Dios o de la atracción que su estilo de vida podría ejercer sobre los incrédulos. Pero en el Nuevo Testamento la misión ya no es centrípeta. Ahora es un mandato de *ir*. La misión se vuelve centrífuga.

Cristo les dijo a sus discípulos claramente que “se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Luc. 24:47). Los apóstoles fueron enviados a “Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra” (Hech. 1:8). Sus seguidores deberían llevar las buenas nuevas de esperanza, gozo, paz, y amor a todo lugar donde hubiera gente. Y Mateo 24:14 aclara bien que

esta instrucción abarca más que el conocido y familiar mundo mediterráneo: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”. Cristo dijo que la misión mundial debía ser una señal de la cercanía de su regreso a la tierra.

El Apocalipsis reitera la universalidad de la misión de Cristo y de su iglesia. El Evangelio eterno debe predicarse “a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo” (Apoc. 14:6). Los 24 ancianos alaban al Cordero porque compró con su sangre a personas “de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Apoc. 5:9). Y el Apocalipsis dice que, cuando todo termine, una gran multitud estará de pie en el mar de vidrio alabando al Cordero. Describe a esta multitud como viniendo “de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas” (Apoc. 7:9). El mensaje de salvación habrá llegado hasta los confines de la tierra.

Los seguidores de Cristo, los que han aceptado la misión que él les dejó, no pueden limitar su misión a su medio ambiente. La comisión que se les dio debe alcanzar hasta los confines de la tierra. Y no pueden defraudar las expectativas de su Maestro.

2. *La iglesia lo necesita.*

Cuando hablamos de misión mundial, inmediatamente vemos que la iglesia se compone de dos partes: la de aquí y la de más allá, la iglesia que envía y la que recibe. Ambas necesitan de la misión.

La iglesia de aquí, de casa —sea cual fuere el lugar del planeta donde se encuentre— no puede darse el lujo de atrincherarse en una isla, separándose del resto de la iglesia. En este momento recuerdo la historia de aquel excéntrico anciano, muy rico, que tenía tanta plata que hizo que sus criados Platinaran el exterior de sus ventanas. Después de eso, sólo se vio a sí mismo. Ya no contempló más la luz del sol, las flores, a los niños jugando bajo los árboles. Lo que hizo fue sentarse y verse envejecer a sí mismo.

Dar, interesarse por los demás y compartir —son medios ordenados por Dios para amar y servir. Cuando la iglesia de

aquí mira más allá de sus propias necesidades, se fortalece. A veces pensamos que damos porque amamos. Pero la verdad es que sólo cuando damos aprendemos a amar realmente.

La iglesia de "aquí" no puede darse el lujo de perder el amor y el apoyo que vienen de afuera. En una pequeña iglesia de Sudamérica escuché a un miembro, una anciana, leer con suma dificultad el relato del misionero mundial, acerca de un proyecto en los Estados Unidos. Cuando terminó, bajó el folleto que tenía en la mano, y miró a los ojos de los más o menos veinte miembros de la congregación. "Por favor", dijo, "debemos dar generosamente. Puede ser que vivan en los Estados Unidos, pero ellos nos necesitan a nosotros y a nuestras ofrendas. Son nuestros hermanos".

Mucha gente ha dado por sentado que la iglesia en Norteamérica está sosteniendo prácticamente sola el programa de las misiones extranjeras de la Organización. Pero un análisis más cuidadoso del *Informe Estadístico*, y de las actas del "Concilio Anual" de 1988 no apoya esa idea. El presupuesto de la Asociación General para 1989 designó algo así como unos 80 millones de dólares para la obra de la iglesia fuera de Norteamérica.⁷ De esa cantidad, unos \$33,000,000 (el 41 por ciento) provino de esas divisiones, dejando \$47,000,000 (el 59 por ciento) para el apoyo de la División Norteamericana. Esta última cifra representa sólo el 14.5 por ciento de los aproximadamente \$323,000,000 que fue el total de las contribuciones que la iglesia recibió y distribuyó entre las divisiones fuera de Norteamérica. El resto provino de los miembros de esas divisiones.

Hay quienes piensan que lo que la División Norteamericana da para el resto del mundo absorbe la mayor parte de las contribuciones que recibe. Pero también esto es un error. En 1988 la División Norteamericana recibió aproximadamente \$619,500,000. Los \$47,000,000 que salieron de allí para las otras divisiones no fue ni siquiera el 8 por ciento del total de contribuciones recibidas.

Es verdad, sin embargo, que la iglesia de allá —cualquier rincón del globo terráqueo que no sea aquí —necesita el cuida-

do y la preocupación de la iglesia en Norteamérica. El *Informe Estadístico* de 1988 revela que el 87 por ciento de los adventistas del séptimo día viven fuera de la División Norteamericana. Y que el 87 por ciento de la feligresía sólo pudo proveer el 30 por ciento del total de diezmos y ofrendas que se recibieron en 1988. La misión de la iglesia mundial necesita las ofrendas de los hermanos más solventes. En verdad, la iglesia del segundo y tercer mundos es pobre.

Pero al margen de todo ello, la iglesia de allá necesita el corazón juntamente con el tesoro. Como ustedes recordarán, Jesús no dijo que uno debería poner su tesoro donde está su corazón, sino por lo contrario, el corazón va naturalmente en pos del lugar donde se ha puesto el tesoro (Mat. 6:21).

Al mismo tiempo,
el centro de la
población cristiana
está cambiando
del hemisferio norte
hacia el sur,
donde ya vive
el 70 por ciento
de los cristianos.
Pero la administración
eclesiástica todavía
permanece en
el mundo occidental.

Muchos de los grupos poblacionales a quienes se dirige la Estrategia Global están tan lejos de alguna iglesia "local" como lo están de Alemania o Norteamérica. Las estadísticas de 1987 muestran

que en la división Norteamericana, en promedio, cada pastor ordenado o con licencia, tiene una población de 91,026 personas no adventistas que deben ser alcanzada por el Evangelio. La misma proporción en la División Sudasiática muestra que cada pastor es responsable de alcanzar a unos 2,110,149 de personas —¡virtualmente imposible! En el territorio de la Unión del Norte de la División Sudasiática, hay unos 333 grupos con un millón de habitantes cada uno que todavía no hemos alcanzado. Y alrededor del mundo hay unos 1,050 grupos similares en áreas donde no existe una división organizada. La iglesia local sencillamente no está presente allí.

La iglesia de "aquí" debe ayudar a llevar el mensaje a la de "allá" donde simplemente no existe iglesia.

3. *Los tiempos lo demandan*

Los misionólogos notan que se están produciendo importantes cambios que afectarán a la predicación del Evangelio a medida que nos acercamos al tercer milenio. Aunque los estudios se han hecho por otras iglesias, mucho de lo que dicen también se aplica a los adventistas.⁸

Un cambio en lo referente a los agentes de la misión es una tendencia del tiempo en que vivimos. Los misioneros tienen una permanencia más corta, vienen de lugares todavía considerados como campos misioneros, y abarcan a voluntarios de todas las edades, incluyendo a los "fabricantes de tiendas" que, como Pablo, tienen que autosostenerse.

Los misioneros, tanto los llamados como los voluntarios, van al campo para permanecer por períodos de tiempo más cortos. Algunos sólo van por un determinado tiempo —por lo regular no más de seis años. Otros van para terminar un proyecto; su período de servicio es tan breve que puede reducirse a sólo dos semanas. Es probable que su contribución a la iglesia a la cual sirven no sea tan grande como la que ofrece un misionero permanente; sin embargo, la iglesia de donde son miembros y a la cual regresan —rebotantes de entusiasmo y plétóricos de relatos emocionantes— se beneficia enormemente con su experiencia misionera. Los estudiantes

misioneros, los voluntarios adventistas, los Maranatha Volunteers International—todos forman parte de este creciente número de misioneros de servicio breve.

La tendencia de la década actual es aumentar constantemente el porcentaje de misioneros provenientes de países que ya no son los tradicionales que enviaban misioneros al campo. En una reunión celebrada en 1989 al abordarse el problema de la educación de los hijos de los misioneros protestantes, una de las mayores preocupaciones era cómo proveer educación apropiada para los hijos de centenares de misioneros coreanos en Africa y Latinoamérica. En la actualidad se pueden encontrar misioneros adventistas de las Filipinas en hospitales, escuelas y oficinas administrativas en Africa; pastores coreanos sirviendo en Sudamérica, y sudamericanos enseñando en el Seminario de la División del Lejano Oriente en las Filipinas. De hecho, muchos extranjeros sirven a la iglesia en los Estados Unidos de Norteamérica. Por supuesto, cuando la mayor proporción de la iglesia se halla fuera de dicho país, ¿cómo podría ser de otra manera?

Otros agentes de la misión no tradicionales son en su mayoría laicos que deciden servir fuera de su país de origen. Algunos pueden tratarse de profesionales empleados por firmas internacionales; otros son maestros; unos más sencillamente viven el Evangelio como empleados en granjas o en sus propias estaciones misioneras. Puede ser que no estén sirviendo bajo la dirección de la iglesia, pero están contribuyendo a su crecimiento.

Un segundo cambio se ve en la estructura de apoyo de la misión. El poder financiero mundial se está deslizando de las manos "cristianas" en la región del Atlántico Norte hacia el Japón, Singapur, Hong Kong y los países árabes productores de petróleo. Al mismo tiempo, el centro de la población cristiana está cambiando del hemisferio norte hacia el sur, donde ya vive el 70 por ciento de los cristianos. Pero la administración eclesiástica todavía permanece en el mundo occidental. Los misionólogos prevén la disminución de los fondos para las misiones provenientes del Norte del Atlántico y el aumento de la pobreza entre los cristianos del hemisferio

sur. No saben con certeza lo que estos cambios puedan significar para el evangelismo, pero temen que los mismos aviven los conflictos dentro de la iglesia.

El diálogo entre el Evangelio y las diferentes culturas debe intensificarse, a la par que la iglesia instrumenta los mejores medios para ganar a la gente para Cristo. La iglesia debe llegar a considerar al mundo como una aldea global.

En vista de estos cambios esperados en el poder —el personal y las finanzas—, los misiólogos sugieren la necesidad de una "globalización". La Asociación de Seminarios Teológicos de los Estados Unidos, tras ocho años de estudio, está urgiendo a todos los seminarios que enfatizen la globalización durante la década de 1990.⁹ Se espera con este énfasis "liberar a las iglesias y a las escuelas teológicas de la miopía institucional y del parroquialismo".¹⁰

Una preocupación por lo cercano, y centrada en nosotros, debe dar lugar a un in-

terés y una preocupación por el mundo entero. La actitud que procura mantener a la iglesia en nuestro país debe cambiarse, por el apoyo a una misión mundial. El lugar especial que todos conferimos a los pastores debe dar lugar al ministerio compartido de todos los creyentes —y para que esto ocurra, la iglesia debe aportar lo necesario para el equipamiento de los laicos. El diálogo entre el Evangelio y las diferentes culturas debe intensificarse, a la par que la iglesia instrumenta los mejores medios para ganar a la gente para Cristo. La iglesia debe llegar a considerar al mundo como una aldea global.

Frente a estos trascendentales cambios, la Estrategia Global es un llamado a la Iglesia Adventista del Séptimo Día mundial a dejar de mirar hacia adentro. Es un llamado a compartir y a amar. Esto corresponde, más o menos, a lo que el General Beckwith dijo a los Valdenses en 1848, cuando su celo misionero comenzó a menguar: *Voi sarete missionari o non sarete nulla*, "Vosotros seréis misioneros o no seréis nada en lo absoluto".

REFERENCIAS

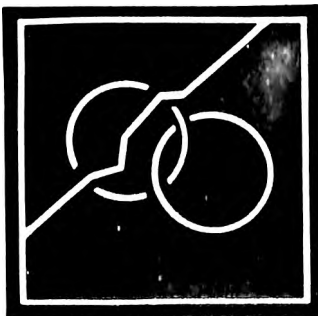
1. Gustav Warneck, *Outline of History of Protestant Missions from the Reformation to the Present Time* (Edinburgh: Oliphant, Anderson and Ferrier, 1906), págs. 8-20.
2. Respuesta a A. H. Lewis, 3 de febrero de 1859, pág. 87.
3. Gerard Damsteegt, *Foundations of the Seventh-Day Adventist Message and Mission* (Grand Rapids: Eerdmans, 1977), págs. 105-115.
4. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 166.
5. *El ministerio de curación*, pág. 307.
6. *Palabras de vida del gran Maestro*, pág. 232.
7. El presupuesto designó \$71,343,300 para las misiones de ultramar, y yo concedo unos \$8,656,700 para que la Asociación financie el costo de la administración de la obra de ultramar (del total de 14,000,000 designados para gastos administrativos).
8. En relación con la misión para los años 1990, véase Robert J. Schreiter, "Mission into de Third Millennium", *Missiology* 18 (enero 1990): 4-12.
9. Véase *ATS Bulletin* 38 (1988): 22-33; 101-120.
10. Norman E. Thomas, "Globalization and the Teaching of Mission", *Missiology* 18 (enero 1990): 14.

Nancy Vyhmeister fue profesora de Biblia en el Instituto Internacional Adventista de Estudios Avanzados, en Silang, Cavite, Filipinas. Actualmente se encuentra en la Universidad Andrews.

¿DE VERAS VALE LA PENA?

El hecho perturbador es que un segundo matrimonio tiene menos probabilidades de éxito que el primero. ¿Por qué abandonar lo que ya se posee por algo que tiene grandes posibilidades de derrumbarse?

Si usted está viviendo una vida doble (o considerándola), es inevitable que tarde o temprano afrontará una crisis.



TRAS LA muerte de su padre, Juan tropezó con un viejo portafolios. Era uno que su progenitor había usado con mucha frecuencia. Había pocas cosas en él, pero algunas eran perturbadoras: unos bosquejos de sermones escritos a mano, un ejemplar de *El camino a Cristo*, y tres cartas de una mujer con la cual había tenido relaciones amorosas. Un contenido que nos parece tan extraño, desafortunadamente no representa una realidad poco común. Es el deseo de tenerlo todo —el púlpito y la vida privada; la investidura pastoral y los encuentros clandestinos.

Hace poco un maestro de teología de una gran universidad cristiana fue llamado a comparecer ante la administración, para confirmar o negar rumores de que tenía relaciones con una joven de la comunidad. Eventualmente se vio obligado a aceptar la acusación. ¿Qué pensaba hacer si no hubiera sido descubierto? Continuar enseñando, continuar asistiendo a la iglesia

con su esposa cada semana, continuar aconsejando a los estudiantes acerca de los méritos que tiene el servir a la iglesia, continuar con sus relaciones con la joven. No tenía pensado ninguna otra cosa fuera de eso...

Este artículo es para aquellos que podrían encontrarse en una situación similar. Es posible que sea piadoso, pero resulta un poquito temerario pensar que "buenos ministros cristianos" como los que leen la revista *El ministerio*, ni siquiera soñarían con vivir una vida doble de esta naturaleza. ¿Será que hay quienes tengan interés o necesidad de leer este tema? Si a usted le ofende sólo pensar en ello, vuelva la página y lea mejor otro artículo. Pero, si usted se ve tentado a cerrar la revista, pretendiendo que tal problema no existe en su vida, cuando usted sabe que sí, o por lo menos que es posible, entonces continúe leyendo.

Si usted está viviendo una vida doble (o considerándola), es inevitable que tarde o temprano afrontará una crisis. No podrá permanecer para siempre entre dos aguas, viviendo en conflicto consigo mismo. Hay una serie de pérdidas que usted experimentará tarde o temprano al vivir una vida tal. Ellas son:

1. *La pérdida de su estima propia.*

Probablemente su estima propia ya ha sufrido, no importa el empeño que ponga en racionalizar una relación extramarital, porque simplemente va contra todo lo que usted ha creído, predicado y enseñado.

Una estima propia dañada es muy difícil de reparar. Mientras más se deteriora su sentido de valía personal, más difícil resulta volver a organizar y proyectar su vida.

2. *La pérdida de su empleo*

Algún día ocurrirá. Al igual que el profesor de teología, puede ser que usted despierte una mañana y sepa que todo se ha descubierto. O tal vez decida confesar, como aquel pastor de dos pequeñas iglesias que vivía en la costa occidental. En cualquier caso, no es agradable hallarse de repente consultando los avisos de ocasión del periódico, en busca de trabajo, cuando todo lo que usted ha hecho en su vida, según la definición pública de un pastor, fue predicar sermones y dirigir reuniones de oración.

3. *Pérdida de respeto en la comunidad.*

Los chismes viajan rápido. Una vez que el rumor se ha iniciado, gente que ni siquiera conoce sabrá su secreto. Usted sentirá una incómoda sensación cuando comprenda que no podrá entrar en una iglesia, caminar por el césped en las reuniones campestres, e incluso conducir su automóvil hacia la entrada de su casa, sin sentir que los ojos de otros se posan sobre usted, clasificándolo entre los proscritos e hipócritas.

4. *La pérdida de sus hijos.*

La grieta que se producirá entre usted y sus hijos no se cerrará jamás completamente. Por mucho que usted desee que algún día maduren y comprendan, perdurará un dolor en sus corazones dondequiera oigan pronunciar la palabra "padre". Consecuentemente, usted sufrirá por las relaciones que no permitió madurar o que fueron destruidas en plena floración. Las vacaciones serán tensas, las visitas, limitadas. Su papel de padre se reducirá de una lista de días que pasará de rodillas a una débil relación de larga distancia, mantenida a través de llamadas telefónicas y alguna brevísima visita ocasional.

5. *La pérdida de seguridad económica.*

Las pérdidas económicas pueden no parecer tan amenazadoras al principio, pero es una realidad muy definida para aquellos que pasan por la agonía del divorcio.

Un consejero que había viajado desde Canadá hasta Washington en un intento por ayudar a su hermana que tenía problemas maritales me dijo hace poco: "Estaban considerando seriamente el divorcio hasta que les aclaré lo que tal cosa les costaría. Eso les devolvió la cordura allí mismo".

Por los gastos que representan los procedimientos legales, la pensión y manutención de los hijos, el divorcio no es una solución barata a los problemas maritales. El divorcio puede ser económicamente devastador.

6. *La pérdida de su cónyuge.*

Lo más probable es que su relación con su cónyuge en este momento sea mucho menos que perfecta. Pero cuando usted afronte la pérdida irreparable de alguien con quien ha pasado toda su vida, los recuerdos no lo dejarán en paz. El escritor Pat Conroy, al referirse a su propio divor-

cio, dice: "Era algo que me mataba, ver a la madre de mis hijos y saber que ya no estaríamos juntos nunca más por el resto de nuestras vidas. Era aterrador decir adiós, rechazar una parte de mi propia historia".¹

Y tras las pérdidas —estima propia, empleo, respeto, hijos, estabilidad económica, su cónyuge—, ¿qué cree que ganará? ¿El amor de otra mujer? ¿La felicidad? ¿Está pensando vivir en alguna aldea remota entre las montañas, donde nadie le conozca, comiendo en opíparas ollas y disfrutando de una relación idílica en una rústica cabaña de troncos?

La primera parte de toda relación es pura, ya sea con un amigo o con un esposo ...

Por muy bella que su relación con otra mujer pueda parecerle ahora, sólo representa una fantasía que nada tiene que ver con la realidad. Dice Anne Morrow Lindbergh, en *Gift From the Sea*:

"La primera parte de toda relación es pura, ya sea con un amigo o con un amante, con un esposo o con un niño. Es pura, llana y sin perturbación alguna. Es como la visión del artista antes que la someta a la disciplina de la forma, o como la flor del amor antes que haya madurado con el firme, pero pesado fruto de las responsabilidades. Toda relación parece simple al principio..."

"Pero entonces, imperceptible e inevitablemente, algo invade la perfecta unidad, la relación cambia, se vuelve complicada, abrumada por su contacto con el mundo..."²

El hecho perturbador es que un segundo matrimonio tiene menos probabilidades de éxito que el primero. ¿Por qué abandonar lo que ya posee por algo que tiene grandes posibilidades de derrumbarse?

Pablo se sintió cada vez más atraído por una mujer que conoció en la casa de su

hermano durante las vacaciones. Pronto se desarrolló una relación, y comenzó a buscar excusas para dejar la casa por viajes de uno o dos días de duración. Un vecino que conocía a la mujer a quien Pablo frecuentaba, se lo dijo a su esposa Peggy.

Ella se sintió desolada pero con el firme propósito de hacer algo para mantener vivo su matrimonio. Sin embargo, Pablo se negó a terminar su relación con la otra mujer. Peggy reunió a sus tres niños, viajó 4,800 kilómetros y se estableció en la costa oriental.

Un año después Pablo abordó el avión. Cuando llegó a su destino le suplicó a su esposa, con la que había pasado veinte años de su vida, que le diera una nueva oportunidad. Pero Peggy ya estaba muy bien establecida en un nuevo empleo y había alquilado una casa en un barrio decente donde sus hijos asistían a una buena escuela y recibían una excelente educación. Temió abandonar su nueva vida por un hombre que le prometía: "Si regresas conmigo, dejaré a la otra mujer mañana". Pero ella sencillamente no podía arriesgarse a sufrir el dolor de ser rechazada nuevamente. La segunda vez no sería tan fácil para ella encontrar otro empleo y otro hogar. Esta vez fue Peggy quien se negó. Pablo voló de regreso hacia el oeste sintiendo el peso de su decisión equivocada como si fuera una cobija de lana empapada que estuviera a punto de asfixiarlo.

No es fácil pensar en las pérdidas y menos hacerles frente. Pero hay una pérdida mayor que debemos considerar. Es una que todo pastor puede repetir de memoria:

"¿Qué aprovechará el hombre si ganare todo el mundo y perdiera su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?"

¿De veras vale la pena?

REFERENCIAS

1. Pat Conroy, "Death of a Marriage", *Reader's Digest*, octubre de 1988, pág. 108.

2. Anne Morrow Lindbergh, *Gift From the Sea*, Pantheon Books, Nueva York, 1975, págs. 64, 65.

* (Robyn Warner es un pseudónimo).

El ministro como ganador de almas

Las responsabilidades del ministro como ganador de almas abarcan no sólo a los inconversos, sino también a los miembros de la iglesia.

Nada galvaniza tanto a los ministros como cuando la gente con la cual estudian la Biblia decide ser cristiana.



HACE POCO Jaime vino a visitarme a mi oficina. Acababa de graduarse en la universidad y había recibido un llamado al ministerio pastoral de la misma asociación donde yo servía. Era visto como un joven muy promisorio y estaba muy seguro de que Dios lo había llamado al ministerio.

Pero durante nuestra conversación dejó entrever que tenía dudas acerca de su llamado. Estaba perplejo y desilusionado, temeroso de haber gastado su tiempo estudiando en la universidad una carrera con muy poco futuro para él. A medida que explorábamos los motivos de su frustración, me explicó que lo que realmente estaba pasando era que su experiencia pastoral no coincidía con el concepto de ministerio que él tenía.

Durante los meses siguientes visité muchas veces a Jaime para apoyarlo y animarlo mientras superaba ese período de indecisión. Exploró otras áreas del ministerio y empleó algún tiempo laborando

en ellas, pero le resultaba difícil tomar una decisión. Buscaba a tientas algún secreto que le ayudara a cumplir su ministerio, pero no podía encontrarlo.

En ese entonces el pastor de la iglesia con quien estaba asociado aceptó un llamado y repentinamente Jaime se encontró desempeñando el cargo de pastor interino. Durante las semanas siguientes nos mantuvimos en contacto, revisando cuidadosamente lo que hacía y lo que debía hacer. Al parecer estaba haciendo un trabajo excelente, y los dirigentes laicos de la iglesia estaban felices con su contribución.

Un día, Jaime volvió a mi oficina y noté que la chispa de la vida había vuelto a sus ojos. Mi saludo —Bien, ¿qué dice el nuevo pastor de la Iglesia de Lake View? —dio origen a una serie de interesantes experiencias que me contó lleno de emoción. De hecho, nunca lo había visto tan animado. Pero luego bajó la voz y se puso muy serio. “He descubierto lo que me produce verdadera satisfacción: observar el cambio que puede tener lugar en la vida de una persona. He descubierto lo que significa el ministerio y ahora sé lo que quiero —quiero trabajar con Dios cambiando vidas”. Luego Jaime me explicó que uno de sus interesados en sus estudios bíblicos había aceptado a Cristo y decidido bautizarse.

Nada galvaniza tanto a los ministros como cuando la gente con la cual estudian la Biblia decide ser cristiana. Nada emociona tanto a la iglesia como cuando observan a las personas que se vuelven semejantes a Cristo y se unen a la familia de Dios.

Tres aspectos esenciales del ministerio

2 de Corintios 5:17-20, una de las grandes declaraciones de la Escritura, nos presenta tres características esenciales del ministerio cristiano: reconciliación, compromiso y compulsión.

¿Cómo puede una persona ser libertada de la esclavitud de una conciencia perturbada, del temor a una muerte sin esperanza y del temor al dedo acusador de Dios? ¿Ignorará la esclavitud deslizándose vertiginosamente en el tiovivo del placer? ¿Se rebelará contra Dios o afirmará que ha

muerto? Esta clase de escapes son fútiles. Quienes los prueban todavía son presa de la soledad, tormentosa soledad. La ausencia de Dios es la enfermedad de nuestra época. Fuimos creados para sentir la necesidad de comunión con Dios.

En nuestro texto Pablo representa a Dios como la Primera Causa —Dios da los primeros pasos tendientes a corregir el concepto erróneo que se tiene acerca de él y así revela su profundo amor por los pecadores. La reconciliación que Cristo efectuó surgió de un corazón que se sacrifica: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio...” (Juan 3:16). Cristo abandonó todo lo que poseía —su dominio y honor, la belleza y la comodidad del cielo— y luego se sacrificó a sí mismo. Lejos de ser la víctima impotente de malos hombres, fue el Amo del gran hecho de la crucifixión y salió vencedor en ella. Juan informa que Jesús dijo a sus discípulos: “Pongo mi vida para volverla a tomar” (Juan 10:17).

Nos ha comisionado para representar a su reino. Somos sus embajadores. Los embajadores representan a su país y a su gobernante. Dicen únicamente lo que su gobernante diría. Su función consiste en conceptualizar las filosofías y los objetivos de su gobernante.

El mensaje entregado a aquellos que ministran es por demás maravilloso: "Dios está conquistando amigos de entre los hombres a través de Cristo, no contándoles los pecados que han cometido contra él". El gran reformador Martín Lutero oró: "Tú, Señor Jesucristo, eres mi justicia... Yo soy tu pecado... ¡Qué no estuviste dispuesto a llegar a ser, de modo que yo pudiera llegar a ser lo que no era".

La reconciliación que Cristo efectúa conduce al segundo elemento del ministerio que Pablo anunció en estos versículos —el compromiso. A todos los individuos que han aceptado a Cristo como su Salvador personal se les ha dado la Palabra de la reconciliación.

No somos los agentes de la reconciliación. Sólo Jesucristo, el Creador del universo, podía llegar a ser nuestro Substituto pagando las consecuencias de nuestra rebelión. Así, sólo él puede servir como agente de la reconciliación. Pero Dios nos ha encargado el ministerio de la reconciliación. Nos ha comisionado para representar a su reino. Somos sus embajadores. Los embajadores representan a su país y a su gobernante. Dicen únicamente lo que su gobernante diría. Su función consiste en conceptualizar las filosofías y los objetivos de su gobernante.

Este ministerio de la confianza es, esencialmente, un ministerio práctico, lo que significa que el embajador no puede explicar algo que él mismo no ha experimentado. Comentando sobre nuestro texto dice Halford Luccock: "Aquel que nunca ha experimentado en su vida la reconciliación es un embajador incompetente y chapucero".¹

La vida de los embajadores debe respaldar su ministerio. Si no lo hace, éste perderá su eficacia.

El tercer elemento del ministerio que Pablo menciona es la compulsión. El apóstol tipifica al pastor ganador de almas. Nuestro texto revela su interés por sus lectores —en él interrumpo su explicación de la reconciliación para hacerles un llamado: "Os rogamos en nombre de Cristo, reconciliaos con Dios" (2 Cor. 5:20; léase también el capítulo 6:1, 2).

Después de su encuentro con Cristo en el camino a Damasco, Pablo nunca olvidó el encargo que él le habla dado. Sabiendo

todo lo que el Redentor estaba dispuesto a hacer para salvar a una persona, el apóstol estaba convencido de que no le asistía el derecho de guardar para sí el Evangelio. El también sacrificaría su comodidad e incluso su seguridad y sus intereses a fin de ganar almas para Cristo.

De hecho, lo envolvía una pasión por la humanidad perdida: "Pues si anuncio el Evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el Evangelio!" (1 Cor. 9:16, el énfasis es nuestro). Deseaba que otros experimentaran el gozo que él había descubierto y que era tan necesario.

Esa pasión por las almas se ha apoderado de muchas personas. Juan Knox clamó: "¡Dame a Escocia o me muero!", y Wesley declaró: "El mundo es mi parroquia". Emil Brunner añadió: "La iglesia existe para la misión del mismo modo que el fuego existe para quemar".

Es muy fácil que los cristianos caigan en el individualismo que caracterizaba al judaísmo de los días de Jesús. Tenemos la tendencia a hablar de nosotros mismos mientras nos olvidamos de un mundo necesitado. Pensamos que el reino de Dios está compuesto de personas como nosotros. Pero Dios está buscando pastores que ardan de amor por las almas.

Cumpliendo nuestra comisión

¿Cómo podrán cumplir su comisión los ministros que han experimentado la reconciliación, que desean servir a Dios como embajadores, y quienes, de hecho, se sienten compelidos a llevar el mensaje de Cristo a la gente?

Pablo creía que los pastores ganadores de almas deben relacionarse con la gente a la que intentan evangelizar. ¿Cómo podrían hablar de sus necesidades si no las conocen?

Jesús, maestro en relaciones humanas, se mezclaba con la gente para conocer sus inquietudes. Necesitamos poseer cierta información acerca del trasfondo cultural de las personas, sus intereses, sus objetivos en la vida, cómo piensan, y sus logros académicos.

Debemos hacerles preguntas y escucharles cuando hablan.

Antes de que Pablo se dirigiera a los ate-

nienses, hizo un recorrido por la ciudad y captó sus intereses culturales y religiosos. Y hablando de su metodología dijo a la iglesia de Corinto: "Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número" (1 Cor. 9:16). Veía en cada persona a un cristiano potencial y esa visión lo guiaba a hacer cualquier sacrificio personal con tal de adaptarse a sus costumbres o a su cultura para lograr sus objetivos.

Pablo se identificaba con la gente de tal manera que no lo veían como alguien que se sentía superior a ellos. Una de mis historias favoritas ilustra la importancia de este punto. El Dr. Henry Clay Trumbull, que era un dedicado obrero de sostén propio, vivía en Hartford, Connecticut. Un día abordó el tren eléctrico, se sentó al lado de un joven y comenzó a leer el periódico.

Después de unos minutos el joven sacó una botella de whisky y una copa de metal de su valija. Antes de beber, se la ofreció al Dr. Trumbull.

Trumbull le agradeció bondadosamente pero no aceptó la bebida y volvió a sumergirse en la lectura. Mientras tanto, buscaba la manera de dar a conocer el Evangelio a este joven. No parecía ser un candidato muy prometedor.

Pronto el joven se volvió nuevamente a su botella. Una vez más le ofreció al Dr. Trumbull antes de beber. Cuando Trumbull le agradeció una vez más y rehusó la bebida, el joven le preguntó: "¿No bebe usted?"

Como Trumbull admitiera que no, el joven dijo: "Me imagino que usted piensa que soy un tipo de cuidado". Aquí estaba el punto crucial de la experiencia. ¿Cómo contestó este hombre de Dios? Sonrió y dijo: "No, mi amigo, no pienso así. Al contrario, pienso que usted es una persona muy generosa".

Antes de leer esta historia seguramente yo habría respondido la pregunta del joven con algo como esto: "No, gracias, no bebo" —respuesta que la persona habría interpretado como una insinuación de que yo pensaba que era mejor que ella. La respuesta de Trumbull, que era algo así como un elogio, le agradó a su compañero de asiento. Antes de que Trumbull abandonara el tren, le extendió la invitación a que aceptara a Cristo como su Salvador

personal, y el joven lo aceptó.²

Como pastores ganadores de almas necesitamos ser sensibles incluso a las personas menos amables que viven en nuestras comunidades. ¡Oh, si tuviéramos la mentalidad de Jesús! Como dijo Phillips Brooks: "Si pudiéramos ver cuán preciosa es el alma humana a la vista de Jesús, nuestro ministerio se aproximaría a la efectividad que tuvo el suyo".³

Es muy fácil que los cristianos caigan en el individualismo que caracterizaba al judaísmo de los días de Jesús. Tenemos la tendencia a hablar de nosotros mismos mientras nos olvidamos de un mundo necesitado. Pensamos que el reino de Dios está compuesto de personas como nosotros.

Los pastores ganadores de almas toman en cuenta los intereses de la gente cuidadosamente. Es importante que los pastores estudien las señales que revelan el interés de la gente en las cosas espirituales. Incluso, entonces, es posible que los dejemos más pronto de lo que deberíamos. Una interesante encuesta dirigida por la National Dry Goods Association reveló que el 40 por ciento de la gente dedicada a la venta hace una llamada y luego abandonan el intento, otro 25 por

ciento abandona después de dos llamadas, y un 88 por ciento de los agentes vendedores no hacen más de tres llamadas. Pero el 12 por ciento que está dispuesto a seguir llamando después de tres rechazos efectúan el 80 por ciento de las ventas.

En la parábola de la Oveja Perdida, Jesús ilustró la necesidad de persistir. El pastor buscó a la oveja perdida hasta que la halló. Puede ser que su búsqueda haya continuado hasta la noche. Es posible que le haya costado muchos desgarrones de su ropa. Pero es evidente que no abandonó su búsqueda hasta que la encontró.

Nuestro campo misionero nos desafía

George Gallup, Jr., hizo una encuesta a los norteamericanos que no asisten a ninguna iglesia, de los cuales parece haber unos 61 millones. Cuando se les preguntó si se unirían a una iglesia si alguien se lo pidiera, el 50 por ciento contestó que lo harían si las condiciones fueran apropiadas. Gallup señala que esta gente que no asiste a ninguna iglesia no son diferentes de los cristianos. Un gran porcentaje de ellos dijeron que creían en la inspiración divina de la Biblia. Más del 70 por ciento dijo que querían que sus hijos recibieran educación religiosa. Aquí están decenas de millones de personas que están abiertas y receptivas al ministerio de la reconciliación —*¡qué campo misionero para la década de los 90's!*

Pero existe también otro campo misionero. Los pastores con visión ganadora de almas saben que cada miembro de la congregación necesita el ministerio de un poder y una gracia salvadora. Para la mayoría de los cristianos ganar almas significa encontrar personas que no concurren a ninguna iglesia y llevarles el Evangelio de Jesucristo de tal forma que descubran que el estilo de vida de Jesús es lo que les conviene. Desafortunadamente, con frecuencia, este concepto aislado es el que se esgrime para juzgar a los pastores y medir su éxito o su fracaso.

Para mi definición de ganancia de almas me gustaría retener este concepto de suprema importancia de ganar a los que no asisten a la iglesia y extender el ministerio continuo de la reconciliación a

todos aquellos que están dentro de la comunidad cristiana. Tanto los miembros de la iglesia como sus hijos que todavía no se han bautizado necesitan el ministerio para crecer en la gracia y el conocimiento. Llegar a ser cristiano no es una experiencia que ocurre una sola vez en la vida. E. Stanley Jones hizo esta significativa declaración: "Nuestras iglesias están llenas de gente que 'sabe acerca de Dios', pero no lo conoce; están informados acerca de Cristo, mas no transformados por él; que saben mucho acerca de la ley moral, pero no tienen poder para cumplirla".⁵

La vida cristiana es una experiencia progresiva, una sucesión de renovaciones que abarcan toda la vida. Sin duda alguna ésta es la razón por la cual Pablo apelaba a sus muy amados miembros de la iglesia de Corinto a reconciliarse con Dios. Para él, la comunión con Cristo debe renovarse cada día. El gran médico Sir William Osler confesó: "En la noche, cuando me quito mi ropa, desnudo mi alma también, y dejo a un lado mis pecados. En la presencia de Dios me acuesto a descansar, y despierto como hombre libre con una vida nueva".

Mientras más revisamos las responsabilidades del ministro como ganador de almas, la tarea pastoral puede antojárenos imposible. ¿Cómo podremos realizar todo lo que hay por hacer? Yo he sentido la tensión que eso produce. Cuando era pastor en la ciudad de Los Angeles a menudo oraba diciendo: "Señor, esta ciudad entera necesita tu Espíritu desesperadamente. ¿Qué puedo hacer para que esto suceda?"

A estas alturas nos haría bien recordar una vez más el valor que Jesús le atribuía a una sola persona, y por qué lo hacía. Cuando le hablaba a alguien, su primer interés era la salvación de esa persona. Pero también miraba prospectivamente. Sabía que uno puede ganar a ciento.

En cierta ocasión centró su atención en una mujer proscrita de una aldea de Samaria. Cuando los discípulos trajeron comida para Jesús, ignoraron a la mujer. Pero no la pudieron ignorar por mucho tiempo puesto que pronto ella regresó con casi la aldea entera. Y Jesús les dijo a sus discípulos: "Abrid vuestros ojos a los campos porque ya están blancos para la siega".

Tanto los miembros de la iglesia como sus hijos que todavía no se han bautizado necesitan el ministerio para crecer en la gracia y el conocimiento.

He visto también cómo se multiplica la salvación. Un humilde constructor ganó más de 50 almas en cinco años. El propietario de un restaurante, que era infiel a su esposa y golpeaba a sus hijos cuando estaba borracho, se convirtió en un excelente cristiano gracias al esfuerzo de este humilde constructor. Como resultado, tuve la oportunidad de estudiar con tres familias que estaban maravilladas por la transformación que se había operado en ese hogar.

Elena G. de White lo expresó en una forma muy clara cuando dijo: "Por la conversión de una sola alma deberíamos usar nuestros recursos hasta lo sumo. Un alma ganada para Cristo, dejará brillar la luz del cielo en todo su alrededor, penetrando las tinieblas morales y salvando a otras almas".⁶

Jesús no colocó la carga de todo el mundo sobre nosotros. Sólo nos pide que trabajemos donde estamos. Es posible que no tengamos el don del evangelismo. Es posible que no seamos grandes teólogos ni grandes predicadores. Pero los pastores ganadores de almas tienen un sueño. Consideran a toda persona con la que se relacionan como un cristiano potencial. Aman a la gente, se preocupan por ella mientras cuidan de sí mismos y de sus familias.

Uno de los grandes pastores ganadores de almas que conozco se llama Sam

Shoemaker, que fue pastor en la ciudad de Nueva York durante las décadas de 1940 y 1950. Algunos fragmentos de su poema "Yo estoy a la puerta", recapitula lo dicho:

Yo estoy a la puerta

"Nunca entro demasiado adentro ni me quedo demasiado afuera.
La puerta es la entrada más importante del mundo
es la puerta a través de la cual caminan los hombres cuando conocen a Dios.
No tiene caso adentrarme demasiado y permanecer allí,
cuando hay tantos todavía fuera que, al igual que yo,
anhelan saber dónde está la puerta.
Y lo único que muchos encuentran
es sólo un muro donde debería estar la puerta.
Se arrastran a lo largo del muro como si fueran ciegos,
buscando con las manos extendidas,
anhelando una puerta, sabiendo que debería haber una.
Y sin embargo, nunca la hallan...
Por eso yo permanezco cerca de la puerta".

REFERENCIAS

1. Halford E. Luccock, *More Preaching values in the Epistles of Paul* (New York: Harper and Brothers Pub., 1961), pág. 73.
2. Charles Trumbull, *Men Alive*, (New York: Association Press, 1912), págs. 80-83.
3. Phillips Brooks, *Lectures on Preaching* (New York: The Seabury Press, 1964), pág. 257.
4. George Gallup, Jr. *The Unchurched American* (Princeton N.J.: The Princeton Religion Research Center and The Gallup Organization, Inc., 1978), págs. 7-10.
5. Earl Stanley Jones, *Conversion* (New York: Abingdon Press, 1959), pág. 180.
6. Elena G. de White, *Testimonies for the Church* (Mountain View, California: Pacific Press, Pub. Assn., 1949), tomo 6, pág. 22.

Cuando escribió este artículo el pastor Clarence Gruesbeck era director del Departamento de Extensión Educativa del Seminario Teológico Adventista de la Universidad Andrews, en Berrien Springs, Michigan. Actualmente es pastor de la Iglesia de Green Lake en la Asociación de Washington.